

De tan grande importancia, destinado
De monstruos á purgar la esclava tierra,
Y á ejercer la venganza de los cielos
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa
Pasado y porvenir de su existencia,
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.



ROMANCE QUINTO

En medio de los jinetes
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venía un cuerpo finado.

Leida la carta ó letra, cayó
En tierra, privada de fable y sentido.
Y de todo punto el ánima dió,
Non menos llagada que la triste Dido.
E luego las otras el mas dolorido
Duelo comenzaron, que jamás se falla
Ser fecho en el mundo...

Romance antiguo.

*Comedieta de Ponza, obra inédita
del marqués de Santillana.*

La fresca aurora de risueño nácar
Tiñó las nieblas, que del ancho rio
A coronar se alzaron en la noche
De la ciudad los régios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima
De la alta sierra al matizar los riscos,
La caravana fugitiva vieron,
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,
De hácia la fuente del Amir bajando
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban
A su inocente y plácido ejercicio,
Despues de haber pasado en blando sueño
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,
Sin seguir senda alguna, dando giros,
Cayendo y levantando; en él los ojos
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines tambien que lo advirtieron,
Vigilantes alzando sus ladridos,
A encontrarle volaron. Dos zagales
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren;
Y al acercarse al sospechoso sitio,
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,
Que arrastraba un ropon medio caído.

Aproximanse más, y con asombro
Encuéntranlo espirante y semivivo,
La frente hendida de furioso golpe,
Y cuerpo y ropa y todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,
«¿Dónde estoy? exclamar, ¡socorro, amigos!»
En lástima tornando el miedo, pronto
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,
Sobre los hombros sácanle al camino,
Y no sin gran trabajo le conducen
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,
Ya extendida la luz, reconocido
Por Muley, el diestrísimo flechero,
Esclavo de Giafar y favorito.

Pásmanse al verle en tan terrible estado,
Y el viejo mayoral de aquel aprisco
Examina la herida peligrosa,
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y aún le aplica
Bálsamo de romero y de tomillo;
Refrigerando al triste moribundo
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando
Con las postreras ansias, sumergido
En desmayo letal, por un momento
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro
De los que en torno están, ansiando indicios
Que aclaren, si la herida del esclavo
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras
De la muerte vidriados y marchitos:
Los gira en rededor, y no conoce
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierve su hondo pecho.
Tiemblan ya sin vigor los miembros frios,
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza
Agudos ayes, roncós alaridos;

Y de repente alzarse procurando,
Con claras muestras de mortal delirio,
Tales palabras dislocadas dice,
Interrumpidas con horrendos gritos:

«Mandado fui... ¿quién resistir pudiera
Su omnipotente voz?... ¿quién?... yo... yo el tiro
Erré con voluntad... ¡Jóven gallardo!
No era dado matarte al brazo mio.

»Mas ¡ay! yo le engañé... ¡qué horror!»... Tor-
Su débil voz en áspero alarido, (nóse
Y derribóse sobre toscas pieles,
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica
Leche á los labios, y con un rocío
De agua fresca humedece el negro rostro
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,
Quedó como un cadáver: luégo vuelve
En sí más sosegado, más tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,
Y con voz desmayada: «Sí, prosigue,
No es sueño, ni ilusion... ¡ah! yo lo he visto.—

»¿Qué? le preguntan. Escuchad, responde:
Despues que el brazo injusto y vengativo
Hendió mi frente y confundióme en tierra,
Sonaron dos alfanjes, y un gemido.

»Luégo reinó silencio... En sed ardía,
Y en la cercana fuente hallar alivio
Quise... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro
Mi cuerpo por las ramas y los riscos.

»Llego al lugar ansiado, y de repente
En tierra desangrado... ¡qué horror!... miro
A Giafar!—¡A Giafar!» los circunstantes
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.
«Sí, prosigue Muley; Giafar, amigos,
Giafar, no me engañé, que en su semblante
Daba la luna; y á su lado mismo

»En pié se alzaba formidable espectro,
Con los desnudos brazos extendidos,
Y con tal apariencia, que yo al verle,
Quisiera confundirme en el abismo.

»Y torné á desmayarme, ya olvidado
De la sed que abrasaba el pecho mio,
Y de nuevo quedé como sin vida,
Sobre las hojas áridas tendido.

»Mas despues de un gran rato recobréme,
Volví á ver á Giafar claro y distinto,
Entre confusa turba de fantasmas,
Que le arrastraban, prorumpiendo en gritos

»De gozoso furor, por un gran lago
De sangre, que inundaba aquel recinto;
Y las palmas batian, con risadas
Del otro mundo; y con los labios fijos

»Ví muchas de ellas en la horrenda herida
Del pecho de Giafar cárdeno y frio
Beber la sangre; y otras desgarraban
La llaga, ya honda sima.» El semi-vivo

Negro no pudo más: terror helado
Le atajó las palabras; confundidos
Quedaron de escucharle los pastores,
Y en nueva convulsion se hundió el mezuino.—

¡Oh justo cielo! ¿tan terrible escena
Vió en realidad? ¿Acaso los sentidos
De Muley, perturbados con la herida,
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,
Y entregado al influjo de un delirio,
Miró cual ciertos en aquel instante
De su imaginacion los extravíos?

¿Acaso de la sierra leñadores,
O habitantes tal vez desconocidos,
De Giafar el cadáver circundaron;
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas
Los juzgó sin cordura? ¿Acaso quiso
La justicia tremenda del Eterno
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,
Descubrir á un esclavo; y darle aviso
Por medio tal al mundo?... ¡Quién penetra
Del Sér omnipotente los designios!

No volvió á hablar Muley: la helada muerte
Tomó pronto completo señorío
De su mísero cuerpo. Los pastores,
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden
Con certeza inferir de lo que ha dicho.
Que Giafar está muerto, y su cadáver
Insepulto no léjos de aquel sitio,

Coligen sólo; pero ¿quién dió el golpe?
¿Quién ha sido el mortal de tanto brio,
Que á tal coloso hirió? Quieren incautos
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos
Del supremo Wacir; mas, advertido,
El mayoral anciano los contiene,
Temiendo de tal paso los peligros.

Ya el sol sus claras luces extendía
Por la inmensa llanura, y el bullicio
De la noble ciudad llenaba el aura;
Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles
El confuso rumor que allí vecino
Retumba, los pastores escuchando,
A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza
Salen curiosos, y de flecha á un tiro
Ven tropa de gallardos cazadores,
Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron
Junto al redil. En ayes y alaridos
Van desahogando el corazón algunos;
Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba
Seis esclavos á pié, de tosco pino
En palanquin humilde, con ramajes
Formado, blandas jaras y carrizos,

Llevan sobre los hombros un cadáver
De formidable aspecto, en sangre tinto,
Desgarradas las ropas, descubierto
El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. ¡Ay! Giafar era,
Que aunque muerto, inspiraba el miedo mismo,
Que cuando el cetro ó la invencible lanza
Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,
Era jefe Zeir el tunecino,
Al que ofreciera el bárbaro difunto
A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,
Por medio de Muley, Giafar inicuo
Para la fuente del Amir, creyendo
Que iba en salvo á lograr su atroz designio;

Fingió que á disponer iba en la sierra
Una gran caza, y á Zeir le dijo,
Que á la mañana con los suyos fuese
A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda que encontraran del flechazo
Allí á Mudarra traspasado, quiso;
Así encubrir el alevoso golpe,
Y achacarle del monte á forajidos;

Mas la trama execrable el justo cielo
Omnipotente y vengador previno,
Y do creyó Giafar lograr un crimen,
Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora
El gallardo Zeir, que en el castillo
De Almodóvar gozaba el dulce otoño;
De un loco amor jamás correspondido

La posesion tiránica y terrible
Esperando lograr; con sus amigos,
Cazadores, ballestas y lebreles,
De la cita al lugar corre prescrito.

Agil adelantándose á su tropa,
Al avistar los árboles altivos,
Que del Amir la fuente sombreaban,
Puso á galope el potro berberisco;

Y sonando entre jaras y mimbreras
El dorado metal de los estribos,
Y hollando juncias y húmedos helechos,
Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse
Volando un buitre, ensangrentado el pico,
Y un voraz lobo huyó por las malezas;
El potro al verlos, receloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,
Lanza por la nariz de fuego un rio,
En las flexibles piernas derribado,
Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluzna la crin. Al punto siente
Del agudo acicate el duro aviso,
Y se enarmona, y resoplando fiero,
Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra
De la fuente en el corto circuito.
Asombrado Zeir, halla un cadáver
Ante sí de repente: compasivo,

Más bien horrorizado, los arzones
Desocupa ligero: confundido
Reconoce á Giafar nadando en sangre,
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡Oh, cuál halló al Wacir!... Que reluchando
Con ansias espantosas y martirios,
En desesperacion arrojó el alma,
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho:

Segun los rastros de esparcida sangre
Que cruzaban el prado, al ver teñidos
Tambien de sangre de la humilde fuente
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas
Las cortezas de sauces y lentiscos,
Y el lívido cadáver destrozado,
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,
Con mil cárdenos golpes contundido,
El pecho hinchado, y la espantosa herida
Destrozada en reedor. Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,
Extendiendo soberbio su dominio
Por cuanto alumbra el sol, y que potente
Pavor impuso al cielo y al abismo;

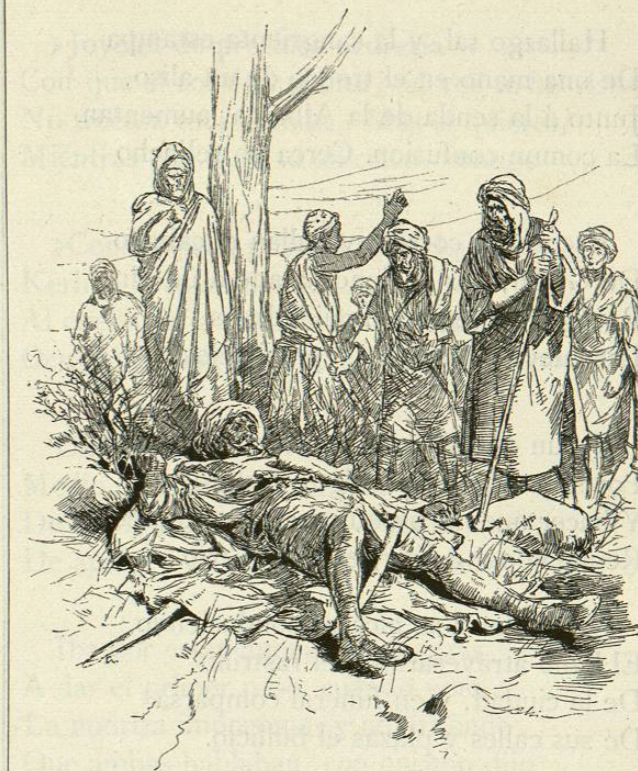
Del rugiente huracan arrebatado,
De un rayo vengador al cabo herido,
Y de las ondas con furor hinchadas
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado; al través sobre la costa
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos:
Y á la mañana encuéntrase volcado,
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,
Solo y abandonado, del Destino
Inexorable mísero despojo,
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores
Pronto la alegre turba, y mudo y frio
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante
Igual terror y un pensamiento mismo,
En silencio circundan el cadáver,
Sobre él los ojos espantados fijos.



Tal turba de pastores, en la orilla
Del mar, desde las rocas el navío
Naufragado miraran, contemplando
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos
El esfuerzo, el furor y el poderío,
Cuando vencer lograron tal coloso,
Y al mundo libertar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,
Que un horrible espectáculo imprevisto
Siempre ocasiona, procuraron todos
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco;
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,
Y parece la herida ser de alfanje
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago
De fresca sangre encuentran, y caidos
En ella un arco y un carcaj: dos prendas
Que conocidas fueron al proviso